

Le Petit Ptolomeo

Desde hace ya mucho tiempo la **Cosmografía de Claudio Ptolomeo** viene siendo considerada como lo que realmente es: **uno de los tratados más importantes y de mayor transcendencia de toda la Historia de la Ciencia**.

Ptolomeo vive y elabora toda su obra en el siglo II, aproximadamente entre los años 100 y 180 de nuestra era, legando a la humanidad un impresionante corpus de saberes científicos.

Su vida transcurre fundamentalmente en Alejandría. Fundada por Alejandro Magno, esta ciudad se erigiría con el tiempo en la capital de la civilización helenística, sobresaliendo por su soberbia Biblioteca —con más de 700.000 volúmenes— y por su no menos célebre museo, que la convertirían en la más fecunda cantera de sabios de la antigüedad. En aquella biblioteca de ensueño pasaría Ptolomeo horas y días de excitante trabajo y de apasionadas lecturas, y sería allí donde iría sistemáticamente construyendo el vasto andamiaje de su cosmografía.

Es asombroso constatar que un texto de tanta enjundia y tanta envergadura estuviera *abocado a dormir una especie de sueño de los justos durante más de mil años*, durante todo el largo período de la Edad Media. Pero eso fue exactamente lo que ocurrió. Y así, a principios del siglo XV, sólo algo tan aparentemente intrascendente como la simple traducción al latín del texto original griego, permitiría su redescubrimiento provocando de paso su extraordinaria eclosión y su rápida propagación por toda Europa convirtiéndole en el bestseller de los siglos renacentistas.

En este sentido podríamos decir que si con Copérnico se produciría la Revolución Copernicana, **la geografía de Ptolomeo** operaría igualmente una particular **Revolución Ptolemaica** que transformaría profundamente el devenir de la cartografía y acabaría derrumbando definitivamente la tosca imagen medieval del mundo.

Este auténtico fenómeno ptolemaico, nos lleva a preguntarnos por la personalidad de su autor, su vida y obras. Pocos son los datos que disponemos de él, extraídos en su mayor parte de sus propios tratados y de alguna que otra referencia espigada en escritos árabes y bizantinos. Pero su magna obra ha llegado prácticamente íntegra hasta nosotros, lo que nos ha permitido descubrir a un sabio polivalente que cultivó las más variadas ramas del conocimiento científico, dotándolas a veces de nuevos y revolucionarios enfoques.

Asumió y sintetizó el trabajo —hoy perdido— de muchos de sus predecesores que, de esta suerte, ha podido llegar hasta nosotros. Cultivó las matemáticas como pocos, se atrevió a violar dogmas rígidos de la astronomía clásica que, como demostraría, carecían de rigor científico. Hizo incursiones en el campo de la óptica, incluso en el de la música, la armonía y la filosofía. Y, por supuesto, si ya los griegos habían llegado más lejos que nadie en el desarrollo de **la geografía, con Ptolomeo esta ciencia experimenta tal vez su mayor y más poderoso impulso**.

En todos estos ámbitos se nos revela como una auténtica personalidad científica de amplio espectro, con una excepcional capacidad sistematizadora y, en muchas ocasiones, como el único testigo de una sabiduría antigua hoy desaparecida.

Pero si hoy día Ptolomeo es reconocido y admirado por algo, es precisamente por esta **geografía** que aquí nos ocupa, en la que se nos propone un **sistema y unos principios cartográficos que, casi veinte siglos después, siguen aún plenamente vigentes**. Fue en este campo en el que logró fijar unos criterios racionales de medición terrestre y en el que estableció unidades de medida y coordenadas referenciales a partir de puntos cardinales y direcciones de vientos que marcarían definitivamente el posterior desarrollo de la cartografía.

Como queda dicho, **el redescubrimiento de la geografía** —o cosmografía, como vino a llamarse también tras la versión latina— **fue uno de los grandes acontecimientos culturales de la historia de Occidente**. Acabaría con los rígidos esquemas mentales mantenidos sin fundamento durante siglos, y su influencia real fue tan palpable que hasta el propio Colón vería reforzada y confirmada su





idea de la esfericidad de la tierra con la simple lectura de esta obra. Detrás de la gran gesta colombina indudablemente anida el conocimiento de la propuesta geográfica ptolemaica en la que, por cierto, el error por el que el sabio griego amplía excesivamente la longitud del ecúmene —el espacio habitado por el hombre— estrechando así considerablemente la distancia entre el extremo más occidental y el más oriental de la esfera terrestre, vino a ser otro nuevo y poderoso aliciente para la aventura del almirante, convencido como estaba con esos datos de que las Indias Orientales no deberían quedar demasiado lejos de la península ibérica.

Conviene no perder de vista el enorme trecho que separa nuestra visión del mundo —precisa, rigurosa, científica— de la que todavía imperaba en los albores del Renacimiento, e incluso en los siglos XVI y XVII —cargada aún de suposiciones y tanteos—. Y aunque casi resulta anecdótico, nos permitimos aquí resaltar dos de las múltiples y elocuentes citas que Antonio Crespo —en el volumen de estudios complementarios del facsímil— rememora para nosotros en su amplio e interesante trabajo. La primera, de *El Quijote*, nos ayudará a percatarnos de cómo andaban los conocimientos y de cuál debía de ser la precisión de los instrumentos de marear a principios del XVII:

Sabrás, Sancho, que los españoles y los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinoccial es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, (...) y así puedes, Sancho, pasea una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos de esta duda; y si no, pasado habremos. (M. de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*, 1605).

La segunda, extraída de *Cien Años de Soledad* de G. García Márquez, tampoco tiene desperdicio:

Los niños habían de recordar por el resto de su vida la augusta solemnidad con que su padre se sentó a la cabecera de la mesa, temblando de fiebre, devastado por la prolongada vigilia y por el encono de su imaginación, y les reveló su descubrimiento.

La tierra es redonda como una naranja.

Úrsula perdió la paciencia. “Si has de volverte loco, vuélvete tú solo —gritó—. Pero no trates de inculcar a los niños tus ideas de gitano”.

Nosotros hemos querido rendir aquí, con esta edición, un sentido homenaje a uno de los grandes hombres de ciencia y, al mismo tiempo, ofrecer al público sensible una de las maravillas de la historia de la codicología. Pues, en efecto, *Le Petit Ptolémée*, como se le conoce en la *Biblioteca Nacional de Francia que conserva el original* —y que nosotros hemos rebautizado para España como el «Petit» Ptolomeo— **es no sólo el más pequeño ejemplar de los manuscritos de la época que recogen ese texto, sino también el más hermoso de todos ellos.**

Corrían, además, tiempos gloriosos para los deslumbrantes *Libros de Horas*, y probablemente Andrea Matteo Acquaviva, tercer duque de Atri y marqués de Bitonto —y comitente de este hermoso ejemplar—, debió de dar consignas claras al taller de Bernardo Silvano, de Éboli, en el que se iba a realizar el manuscrito, para que a un tratado tan en boga y que se estaba revelando como decisivo para la nueva concepción del mundo, se le **dotara al mismo tiempo de todo el encanto y el embrujo del más bello Libro de Horas.** Y a buen seguro que lo consiguió.



A quien tenga el privilegio de contemplar la casi perfecta réplica que de este precioso códice hemos llevado a cabo en **Siloé**, le invadirá, probablemente, ese íntimo sentimiento de admiración ante lo bello, y ese **profundo gozo ante el trabajo bien hecho.**

El Ministerio de Cultura de España también lo ha entendido así, al distinguir esta edición facsimilar con el **Primer Premio al Libro Mejor Editado en España**, en la modalidad de facsímiles.

